

EL HONOR Y EL SUFRIMIENTO DEL CREYENTE

“Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.” (Romanos 8:18)

Imaginemos por un momento: Dios tiene un Hijo único, es decir, el resplandor de su gloria, la expresión de su ser; su bien amado. Pero ¡su amor es tan amplio y extendido, que es capaz de englobar a todos en su amor, para adoptarnos en su familia y compartir el título que da a su Hijo único.

El mundo no le conoce como el Divino Hijo de Dios, el heredero del cielo; del mismo modo no nos reconocerá como hijos de Dios y herederos del cielo. Por tanto somos hijos de Dios ahora como lo seremos mas adelante. La gloria de la filiación no se manifiesta ahora en nosotros pero cuando aparezca, “seremos semejantes a Él” (1Juan 3:2)

Su trono, al que nos acercamos y dirigimos nuestras oraciones, es al mismo tiempo un trono de gracia y un trono de gloria. La gracia es dada en proporción a la medida de la gloria que se encuentra sobre el trono.

Esa gloria va a ser muy pronto revelada en nosotros, y así este cuerpo débil y desgarrado resplandecerá como el sol. Pero tenemos la seguridad de que esta medida de gracia puede ser revelada en nosotros ahora, en este mismo momento.

De la misma manera que nuestros sufrimientos son indignos de ser comparados con la gloria que será revelada, los sufrimientos de este tiempo presente no son comparables con la gracia que nos es dada en este tiempo presente para soportar dichos sufrimientos. La gracia iguala a la gloria.

Considerando las promesas de el capítulo 8 de la carta a los Romanos de esta manera, podemos comprender porqué el cielo comienza aquí abajo en la tierra. Tener el espíritu de Dios y ser hijos de Dios es entrar en posesión de las riquezas de nuestra herencia desde ahora mismo. Y si permanecemos como hijos de Dios, continuaremos beneficiándonos de esta sucesión hasta la eternidad, con la única diferencia de que cuando el Hijo de Dios venga, recibiremos la totalidad de la herencia de gloria. ⁴⁹

⁴⁹ E.J. Waggoner, *General Conference Bulletin*, 1891, N° 13